

## **DISCURSO DEL NUEVO DOCTOR HONORIS CAUSA D. JUAN RAMÓN CUADRADO ROURA**

**Mfca. y Exma. Sra. Rectora de la Universidad de Málaga**

**Exmo. Sr. Alcalde de la Ciudad y otras autoridades**

**Exmos. e ilustrísimos señores miembros del Claustro Universitario,**

**Señoras y señores, amigos todos.**

Con una gran alegría, aunque también con nervios, estoy viviendo este acto de investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Málaga.

Permítanme, ante todo, manifestar mi agradecimiento por la generosa propuesta que hace varios meses hicieron los miembros del Departamento de Política Económica, en la persona de quien entonces era su Director, el **Profesor José Emilio Villena**. Mi agradecimiento, asimismo, al actual Director de dicho Departamento, **Profesor Pedro Raya** y al Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, **Prof. Dr. Eugenio José Luque**, que impulsó muy directamente la propuesta de mi nombramiento.

Deseo dar igualmente las gracias a todos los miembros de la **Junta del Centro** que en su día aprobaron la propuesta, así como al **Consejo de Gobierno**, en la persona de la **Mfca. y Exma. Sra. Rectora Dña. Adelaida de la Calle** y a los miembros del **Claustro** de la Universidad, que el día 19 de diciembre de 2008 aprobaron este nombramiento.

Por último, quiero agradecer muy calurosamente a las **autoridades, profesores, amigos y familiares**, que con tanto afecto, y en bastantes casos con un claro sacrificio, han querido acompañarnos en este acto. El limitado tiempo del que disponemos y mi deseo de que este acto no dé lugar a un mal recuerdo para Vds. por su extensión, me lleva a no enumerar sus nombres, aunque no me exime de poder mostrar a todos y cada uno mi gratitud por querer compartir conmigo este día.

**No me resulta fácil empezar.**

Este Doctorado H.C. constituye una distinción muy especial que se concede a una vida dedicada al estudio y a la investigación en Economía y en Política Económica. Creo que todos Vds. comprenderán que la **'laudatio'** que el **Prof. Villena** acaba de ofrecer sobre mi persona y mi vida académica debe entenderse en razón de una amistad iniciada hace casi 35 años, que permite que los elogios carezcan de tasa y de medida.

Solamente tenemos lo que hemos dado. Lo único que no podemos perder es lo que libremente damos a los demás. “Si me ofreciesen la sabiduría – decía Séneca – con la condición de guardarla para mí sin transferirla a nadie, no la aceptaría”. Por muchos motivos, quiero reconocer aquí que mis posibles méritos se basan en que siempre he estado acompañado por un espléndido grupo de profesores y colaboradores, que han compartido mi vida académica y a quienes he podido orientar, **pero de quienes también he aprendido muchísimo**. Con orgullo veo hoy aquí a muchos de ellos, catedráticos y profesores titulares de esta y otras universidades españolas, con quienes he compartido en distintos momentos esta andadura, difícil pero grata, que es la vida académica.

Mi relación con la Universidad de Málaga se inició, realmente, en enero de 1974, a raíz de haber ganado el concurso nacional para cubrir una Cátedra de Política Económica en esta Universidad, de la que tomé posesión siendo Rector el Profesor Dr. **Antonio Gallego Morel**, fallecido hace pocos meses y que Dios guarde. Desde entonces, mi vinculación a Málaga ha sido continua. Primero, como profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales durante unos años que recuerdo con especial satisfacción porque en ellos creo que derroché un enorme entusiasmo y muchas horas de trabajo.

Junto con los demás miembros del joven equipo del Departamento de Política Económica pudimos desarrollar las numerosas iniciativas y trabajos a los que antes se ha hecho mención. Sí quiero recordar, en todo caso, que durante esa etapa y en los años posteriores se elaboraron y defendieron un buen número de tesis doctorales, algunas de las cuales fueron la primera piedra para una carrera académica que ha conducido a sus autores a la cátedra. En fin, ciclos de conferencias, jornadas, seminarios, participación en congresos nacionales e internacionales, desarrollo de proyectos con la Comisión Europea... E incluso tiempo para impulsar “Amnistía Internacional” y para ser Vicepresidente del Ateneo de Málaga, cuando mi buen amigo Juan Antonio Lacomba era Presidente.

**Aunque durante dicho período recibí propuestas para incorporarme a la UAB** no las acepté y mi marcha de Málaga a Madrid sólo se produjo en **1982**, para ocupar un alto cargo en el Ministerio de Transportes, Turismo y Comunicaciones.

**S/e.**, este cambio no supuso en absoluto la interrupción de mi vinculación con la Universidad de Málaga, de la que entonces era Vicerrector de Profesorado y Ordenación, y menos todavía con la Facultad y con quienes habían sido hasta entonces mis colaboradores, algunos de los cuales me siguieron a la Universidad de Alcalá. De hecho, desde entonces hasta la fecha, he seguido vinculado de forma muy

regular a esta Universidad, participando en numerosos tribunales, conferencias y seminarios, al tiempo que he implicado a muchos compañeros de aquí en los proyectos de investigación que he dirigido Y créanme que lo seguiré haciendo igualmente en el futuro.

Como contrapartida a su generoso nombramiento, la Universidad me pide hoy una muestra de mis saberes y para cumplir con este grato compromiso voy a permitirme desarrollar algunas reflexiones sobre **varios rasgos esenciales de la Economía** y sobre **cómo los entiendo personalmente**.

**No se alarmen.**

Escuché hace poco que toda conferencia es bien recibida si tiene un buen principio (para captar la atención) y se cierra con un buen final. Y..., lo que es más importante, que ambos (el ppº y el final) estén lo más cerca posible para que el conferenciante no resulte ser un tipo muy pesado.

**Voy a intentarlo.** Por este motivo he redactado una versión más resumida del texto que había preparado.

Cuando uno alcanza cierta altura en términos de edad **observa cada vez con mayor espíritu crítico su pasado y los cambios que advierte a su alrededor**. Le resulta incluso atractivo hacerlo y sin duda puede llevarlo a cabo con mucha mayor libertad que cuando era un joven profesor. Esto lo hemos visto en numerosos economistas, que viven la etapa de madurez de su carrera académica y que reflexionan sobre lo que ha sido el centro de su actividad, planteándose **¿Por qué? ¿Cómo? ¿Para qué? han trabajado**. Me permito recomendar, en este sentido, la lectura del libro *Eminent Economists. Their Life Philosophies*, que recoge las reflexiones de algunos de los mejores economistas de nuestro tiempo.

No voy a ponerme a su altura, pero sí les diré que desde hace tiempo yo también vengo reflexionando sobre la Economía como ciencia, sobre sus actuales tendencias y los posibles errores de orientación. En concreto, **hoy** trataré de dar respuesta a **tres de las varias preguntas** que me he planteado en los últimos tiempos:

- **¿Es la Economía una ‘ciencia triste’, como a veces se afirma?**
- **¿Es sólo una ciencia ‘especulativa’... o debe proyectarse necesariamente a la solución de problemas concretos?**
- **¿Debe la Economía tener las exigencias de la Ética como uno de sus referentes... o puede tratar de ser ‘tan aséptica como parecería que son algunas ciencias naturales’?**

## 1. La Economía como 'ciencia triste'.

Disponemos de un elevadísimo número de definiciones sobre lo que y no es la Economía como ciencia y cuál es su **qué** y su **para qué**. No les voy a cansar repitiendo algunas de tales citas, pero, es evidente que responder a estas dos cuestiones – el **qué** y el **para qué** - ha dado lugar a muchas páginas de literatura económica y epistemológica. En la práctica **subsisten, s/e. preguntas sobre la Economía** que no tienen una clara respuesta, formuladas – como señalaba recientemente un viejo profesor - “desde todas las barbacanas” y que se resumen en: **¿qué es un economista? y ¿por qué despiertan tanto interés?**

Otras profesiones lo tienen más fácil que nosotros. Un físico es el que estudia o investiga en física; un geógrafo el que estudia o investiga en geografía; un astrónomo estudia el universo;... Es decir, cada actividad científica se remite a una materia y objeto de conocimiento bien diferenciado.

Sin embargo, en el caso de la Economía no resulta tan fácil hacerlo y se ha tropezado siempre con bastantes escollos. El primero de ellos se debe, sin duda, al hecho de que se trata de una **ciencia social** y que su ‘objeto de estudio’ es muy amplio e incluso discutido. Pero, el abanico de críticas se abre e incluye desde las más o menos sutiles que critican a los economistas porque “**están especializados en explicar el pasado, pero con nula capacidad de predecir, anticipar el futuro**”, hasta las que – simplemente - niegan a la Economía el carácter de ciencia, con lo cual los economistas pasarían a ser sólo algo así como unos “**nigromantes bulliciosos**”.

**El Prof. J. A. Schumpeter**, en su *Historia del Análisis Económico*, ofreció algunas ideas más claras al respecto. “Si definimos la Economía en relación con la Física Matemática – decía - la Economía no es una ciencia. Tampoco resulta serlo...si consideramos como la característica definitoria (*definiens*) de una ciencia el uso de métodos análogos a los de la física matemática [...], Pero, añadía: para nuestros efectos “es ciencia cualquier tipo de conocimiento que haya sido objeto de esfuerzos conscientes para perfeccionarlo”. Estos esfuerzos producen hábitos mentales – métodos o técnicas – y un dominio de los hechos descubiertos por esas técnicas. Dicho dominio rebasa el accesible con los hábitos intelectuales y el conocimiento fáctico de la vida cotidiana **y esto sí que lo proporciona la Economía.**

Pero, con independencia de estas cuestiones de filosofía de la ciencia, una de las más llamativas descalificaciones de las que ha sido objeto la Economía es la que realizó hace bastante tiempo el historiador **Thomas Carlyle**:

*“Una ciencia social... que encuentra el secreto del universo en “la oferta y la demanda” y reduce el deber de los que gobiernan la humanidad al de dejar a la gente en paz... No es una ciencia alegre...no; es triste, desolada y, en realidad abyecta y miserable; la podríamos llamar, concediéndole eminencia, la ciencia lúgubre”*  
**(the ‘dismal science’)**

[Carlyle fue un historiador y ensayista inglés, fallecido en 1881. Un hombre culto, pero belicoso y también muy religioso. Se relacionó con Stuart Mill e hizo algunas apreciaciones más sobre cuestiones económicas]

**La verdad es que el propio ‘objeto’ de los estudios de Economía** incita a pensar que - en efecto - es una ciencia bastante tristonera, sino lúgubre, como afirmó Carlyle. Para empezar, muchas definiciones de la Economía se refieren a “la escasez” como su justificación última. **Lionel Robbins** la definió como “el estudio de la conducta humana en cuanto constituye una relación entre una multiplicidad de fines y unos medios escasos (limitados) que, además, pueden tener usos alternativos”. Y en esta misma línea figuran otras muchas definiciones que subrayan igualmente que la Economía analiza el carácter ‘escaso’, ‘limitado’, de los bienes que el hombre requiere y las dificultades con que se enfrenta para conseguirlos.

También ha contribuido a acentuar ese tono triste (o gris) la propia actitud con que los economistas suelen enjuiciar lo que ocurre en el campo económico, algunos de los cuales quizás podrían calificarse aquí, en Andalucía, como auténticos ‘malajes’. Porque..., seamos francos, es frecuentísimo que en una situación de alto crecimiento, y por tanto aparentemente boyante, el economista, cual profeta de futuros males, avise de que el ‘recalentamiento’ de esa economía generará inflación, déficits y problemas que deben abordarse de inmediato para evitar mayores males. Es frecuente, asimismo, que el economista – como sucede con los agricultores en relación con la lluvia o la falta de agua, que nunca son de pleno gusto - **acentúe los aspectos negativos y preocupantes que se observan** (¡ que él observa !!) en la evolución de la economía real, o que llame la atención sobre los **‘desequilibrios’ macroeconómicos**, la **‘mala’ distribución de la renta**, el **‘desempleo estructural’**, el **‘paro de larga duración’**, las **‘rigideces’** de la economía, o, por no alargar esta lista, los **factores ‘de incertidumbre’** cara al futuro.

Hay que admitirlo, los economistas tendemos a subrayar los problemas y las preocupaciones, incluso cuando las cosas van bien. No sin cierta sorna, **Herbert Stein** sugería hace años en el *Fortune Magazin*, que en cualquier ciclo de conferencias o reunión profesional habría que incluir siempre la participación de un economista,... *“porque al ser evidente que sus ideas no tienen como objetivo el placer ni la diversión, su intervención podrá ser considerada siempre como un gasto fiscalmente deducible”*.

Un recorrido por la historia del pensamiento económico aporta también elementos que apoyan esa visión negativa y preocupante, o en todo caso tristonera, de los procesos económicos. Permítanme que cite, brevemente, a algunos personajes destacados y sus ideas centrales.

A **David Ricardo**, por ejemplo, se le reconoce una capacidad analítica envidiable, pero sin duda diseñó una visión muy pesimista de la economía y de su futura evolución, basada en sus premoniciones acerca de los rendimientos decrecientes y la caída de la tasa de beneficio. De hecho, algunas de sus ideas suministraron elementos para la visión dramática que construyó K. Marx sobre el capitalismo, además de proporcionar argumentos para explicar la inexorable tendencia de las economías al estancamiento a largo plazo.

Más claramente pesimista era todavía **Thomas R. Malthus**, el presbítero protestante que fue el primer profesor de Economía en el mundo, nombrado como tal en 1805 en el East India College. Aunque no fue su mejor aportación, su tesis más conocida se refiere al desajuste que él previó que se estaba produciendo, y que se agravaría cada vez más, entre un crecimiento muy rápido de la población (en términos geométricos) y el de los alimentos, que por más que se hicieran esfuerzos sólo aumentaban de forma insuficiente para alimentar a dicha población. Esto debía dar lugar a un espectáculo de miseria, que él describe en la fábula de la 'fiesta de la naturaleza' y en la pesimista paradoja que le hacía pensar que los intentos por ayudar a las personas en miseria sólo conducirían a aumentarla. De hecho, las posibles soluciones que avizoraba eran nada menos que las pestes o las guerras que eliminarían parte de la población.

También cabe situar entre los pregoneros de una visión pesimista de los procesos económicos a **Juan Bta. Say**, que si bien argumentó su célebre afirmación de que "toda oferta genera su propia demanda", no es menos cierto que incorporó como espada de Damocles la ley de rendimientos decrecientes del capital y del trabajo, la cual acabaría determinando un estado estacionario limitado por la imposibilidad de financiar con ahorro nuevas inversiones.

A **Karl Marx** hay que integrarlo, asimismo, entre quienes no comunicaron a la sociedad visiones optimistas, si bien su tesis era – al menos en teoría - favorable a unos cambios que deberían conducir a que los trabajadores dominasen el sistema productivo. De todos es conocida su predicción de que el sistema capitalista tenía el germen del derrumbe en sus propias entrañas, cuestión ligada a la reducción del excedente empresarial. La vida privada de Marx tuvo, quizás, bastante que ver con su desazón y sus críticas. No fue un hombre especialmente feliz. Aparte de verse forzado a vivir de las ayudas económicas que le proporcionaba Engels, la asistente de los

Marx dio a luz un niño de padre desconocido (que hoy sabemos que era hijo suyo) y él tuvo siempre muy mala relación con su esposa y con ese hijo, a quien no reconoció.

También me parece interesante citar a **Vifredo Pareto**, el ingeniero, y más tarde sociólogo y economista, que catapultó hacia arriba la microeconomía y teorizó sobre cómo y dónde podía encontrarse una situación 'óptima' de los intercambios (el llamado 'óptimo paretiano'). Su visión de la Economía no era tan dramática como la que he descrito en los casos anteriores. De hecho, lo que hizo fue 'teorizar' y en este ámbito no es necesario ser pesimista ni optimista. Pero..., al mismo tiempo, a pesar de que era rico por familia, su vida no fue precisamente un dechado de felicidad. Catedrático en Lausana en 1892, se había casado tres años antes con una condesa de origen ruso, Alessandrina Bakounine. El matrimonio no discurrió bien y terminó en 1901, cuando su mujer se fugó con el cocinero que tenían en la casa, llevándose ambos todo lo de valor que pudieron encontrar. Se cuenta que hasta 30 cajas llenas de todo tipo de objetos fue lo que su esposa y el citado cocinero sacaron de la casa, mientras él escribía sobre las relaciones sociales y económicas. Pareto acabó retirándose a Celigny (de ahí su nombre como 'el solitario de Celigny'), en una casa con buenas vistas al lago de Como, una bodega con los mejores vinos y, dicen, que una tribu de gatos, que le gustaban mucho (*como a mi hija Ana, por cierto*). Allí, en auténtica reclusión, le acompañó una francesa, Jane Regis, treinta años más joven que él, lo cual le enfrentó con la dificultad de obtener el divorcio de su primera esposa. Al ser italiano no podía divorciarse, cosa que solamente logró **veinte años más tarde** cuando se creó el cuasi folklórico "Estado Libre del Fiume".

**No quiero cansarles.** Hay otros muchos ejemplos que acabarían reforzando la tesis de que la Economía es un campo de estudios que se recrea en los problemas puramente materiales, y si estos son dramáticos – la desigualdad, la pobreza, el subdesarrollo, la caída del ahorro, etc. – parece que "mucho mejor".

**¿Significa todo ello que esta sea la aproximación real a los estudios de Economía y a lo que los economistas estudiamos? ¿Es sólo esto la Economía?**

Mi respuesta es, desde luego, negativa. Nadie niega que, como enseñamos en nuestros cursos, un 'bien' (sea el agua o los alimentos) es objeto de estudio económico en la medida en que **escasea**, o en la medida en que la demanda del mismo supera la oferta. Pero, lo que la mayor parte de los economistas hacemos no es estudiar los problemas económicos para revolcarnos en ellos, ni para regodearnos en los fracasos, sino para **contribuir a comprenderlos y tratar de darles solución**. En este sentido hay que agradecer a **Robert Heilbroner** que utilizase los términos *The Wordly Philosophers* ('filósofos de lo material o de lo mundano') al relatar la vida y

doctrina de los grandes economistas, en un libro delicioso que quienes han trabajado conmigo saben que siempre les recomendé leer desde un principio.

Desde luego, los libros de Economía no son precisamente novelas, ni relatos divertidos, pero algunos economistas han hecho y siguen haciendo **gala de buen humor** y de capacidad para conducir las cuestiones más serias hacia reflexiones jocosas.

Permítanme recordarles sólo dos o tres ejemplos:

**Frédéric Bastiat** escribió algunos sofismas que, como señala **Heilbronner**, están “tan cerca del humor como nunca antes en la Ciencia Económica”.

Uno de los más conocidos es el del “**ferrocarril negativo**”. La historia surge a partir de la sugerencia que hacen las autoridades para que el nuevo tren París-España pague un solo impuesto por todo el trayecto. Pero, lo que alguien plantea de inmediato es si no habría que poner impuestos y paradas intermedias con el fin de que pudieran ‘beneficiarse’ algunas de las ciudades ubicadas a lo largo de dicho trayecto. Burdeos fue la primera en reclamar una ‘parada’ larga en la ciudad, “para que los viajeros gasten y se beneficien con ello las posadas, los comisionistas, los hoteles... de la ciudad”. Pero ¿por qué no poner alguna parada más: en Angulema, Poitiers, Tours, Orleans...? ¿O incluso en otras villas menores? El resultado sería un tren hecho para detenerse continuamente, pero, eso sí, para ‘beneficio’ de muchísimos ciudadanos, tomando como base el mismo argumento - el del ‘principio restrictivo’ - que se utiliza en las ideas proteccionistas.

Peor que esta propuesta es la más famosa todavía de los “**fabricantes de velas, lámparas, candelas, así como los productores de alcohol de quemar, aceite, sebos, resinas y, en general, todo lo relacionado con la iluminación**”. La historia, muy divulgada, arranca de un escrito que los fabricantes de estos productos dirigen a la Cámara de los Diputados de Francia exponiendo sus graves problemas. Como todo buen *lobby* claman (por supuesto, en nombre del ‘bien del país’) a favor de la defensa de la ‘competencia desleal’ a la que se ven sometidos. ¿Quién es dicho competidor desleal? **Nada menos que “el sol, que produce luz a coste cero”**, lo cual impide la expansión de los productores de elementos de iluminación en el país. Para contrarrestarlo proponen aprobar una Ley que obligue a cerrar todas las ventanas de las casas, correr las cortinas, cancelar los ojos de buey y todo lo que sean agujeros por donde pueda colarse la luz. Esto hará que sea necesario utilizar más productos que proporcionen luz y durante más horas. Lo cual no sólo beneficiará a sus fabricantes, puesto que arrastrará la producción de vacas y corderos para extraer sebo (lo cual impulsará la ganadería); se demandarán más aceites; será preciso transportar,

comprar y vender esos productos, lo que dará vida a comerciantes y transportistas; etc. En definitiva, concluyen, rechazar la luz del sol sólo traería beneficios para el país. Incluso la caza de ballenas daría lugar a una expansión de la flota naval capaz de mantener el honor de Francia, gratificando las patrióticas aspiraciones de los peticionarios, los fabricantes de velas y demás medios de iluminación.

Afortunadamente, esta tendencia a la sátira y la paradoja sigue todavía presente entre los economistas.

Permítanme referirles, para cerrar este apartado, la propuesta, llena de ironía y buen humor, que realizaba no hace mucho el conocido economista contemporáneo **George Stigler**, en *“The Alarming Cost of Model Changes”*, donde contempla el negocio editorial y la producción continua de nuevas ediciones y revisiones de los manuales y otras publicaciones, generalmente - afirma – “sin muchas novedades, y que nunca figuran ni figurarán entre los 100 mejores libros publicados”.

**A la vista de ello efectúa una propuesta:** estimar los millones de \$ y de horas de lectura que **podrían haberse ahorrado si desde 1900 en adelante no se hubiera publicado nada nuevo**. El principal ahorro se produciría porque todos los libros no tendrían ya ‘royalties’ al haber caducado; además, las tiradas serían de 200.000 ejemplares y no de 3.000, con la consiguiente reducción de un 90% de los costes de composición; también se ahorraría en publicidad de los nuevos libros, lo que reduciría el coste otro 5-10 por 100; y... además, las estanterías serían necesariamente más pequeñas, así como los despachos; y no habría que graduarse la vista con tanta frecuencia y tendríamos muchos más árboles, ya que no se requerirían para producir papel. En definitiva: un ahorro de billones de dólares y billones de horas de tiempo de lectura leyendo cosas que no añaden demasiado a lo ya escrito hace muchos años. ¿Tiene esto inconvenientes? Por supuesto, señala Stigler, ya que esto podría retrasar quizás la difusión de nuevos conocimientos. “Pero, yo rogaría al lector que tenga muy en cuenta dos hechos”: 1) muchos nuevos conocimientos son falsos o inútiles; y 2) que las noticias y saberes muy relevantes se difundieron ya desde Atenas”.

**Quiero suponer** que les he proporcionado argumentos para pensar que la Economía **no es una ciencia tan triste** como decía Carlyle, y que los economistas, al menos algunos, tienen sentido del humor y capacidad para hablar de las cuestiones económicas con sorna. Creo que, en efecto, los economistas deberíamos tratar de **volver a ser ‘filósofos de la vida material’** (en la expresión de Heilbroner) y **también incorporar el humor en nuestras explicaciones**. [Supongo que por este motivo la Vicepresidenta del Gobierno dijo hace unas semanas que estaba viendo

'brotes verdes' en la economía española, aunque recientemente ha admitido malas previsiones hasta 2011].

Podemos avanzar ahora hacia la segunda cuestión que expuse como objetivo de esta intervención:

## 2. ¿Es la Economía una ciencia 'especulativa'?

Leí hace tiempo que el fisiólogo inglés **Archibald V.Hill**, al finalizar una conferencia que dictaba en Filadelfia sobre "El mecanismo del músculo", fue increpado por un indignado oyente para que explicase la utilidad que él encontraba en su intrincada investigación. Su respuesta fue: "Para serle sincero, no lo hacemos porque sea útil, sino porque es divertida". El auditorio aplaudió ruidosamente y al día siguiente todos los periódicos incluyeron encabezamientos aprobatorios como: "Los sabios cultivan la ciencia porque es divertida".

Para los estudiantes de algunas ramas de la ciencia, esta es una respuesta admirable y suficiente, sostiene **Pigou**. "Sin embargo, ¿puede un economista adoptar esta actitud con dignidad?... Hasta cierto punto sí. Entender la complicada interdependencia del universo económico en su eterna búsqueda de equilibrios que nunca se alcanzan es un desafío intelectual". Pero, ¿es sólo este el objetivo de la Ciencia Económica? ¿Es la Economía insulsa, esotérica, arcana, como han afirmado algunos de sus detractores? ¿Se 'justifica' por sus esfuerzos especulativos, orientados a conocer cómo funcionan las variables económicas, cómo están interrelacionadas o qué podemos decir de ellas?

"Ampliar nuestros conocimientos" no es, sin duda, la única **justificación de las ciencias**. En muchas de ellas existe como objetivo implícito **tratar también de 'ser útiles'**, aunque sea indirectamente. Las investigaciones sobre el hombre del fisiólogo **Hill**, señalaba **Pigou**, han tenido importantes consecuencias prácticas, a pesar de su escasa utilidad directa. A nadie se le escapa la utilidad de la fisiología para la práctica de la medicina. Y hay otros muchos campos de la ciencia donde ocurre lo mismo, como por ejemplo en la Química.

Todas las ciencias, incluidas las sociales, aspiran a formular, mediante lenguajes rigurosos, las leyes por medio de las cuales se rigen los fenómenos, con objeto de ofrecer explicaciones plausibles sobre 'su origen, sus causas y sus previsible desarrollos'. Pero, además de **explicar** y de permitir **predecir**, las leyes, teorías y modelos que construyen los investigadores permiten no sólo ampliar el nivel de conocimientos sobre el ser humano y su entorno, sino disponer de una base cada vez

más sólida para **poder operar** sobre una determinada realidad, bien sea para transformarla, para aprovechar sus beneficios o para solventar y tratar de corregir los problemas que se plantean al hombre y a la sociedad en su conjunto.

Y si esto es cierto para prácticamente todas las ciencias, en el caso de las ciencias sociales – y la Economía forma parte de este campo - su relación con la ‘acción’ debe entenderse, como señaló hace bastantes años el profesor **E.H. Carr** como una necesidad, como “*una vocación de las ciencias sociales hacia esa misma acción*”.

S/e., si bien se acepta que la justificación de la Economía puede radicar principalmente en su utilidad práctica, esto **no** implica que los economistas deban dedicarse sólo a **cuestiones y problemas prácticos inmediatos**. La patología debe construirse sobre la fisiología y sería un mal servicio a la medicina el descuidarla. El cultivador de fruta no sólo cuida la fruta misma, sino que también vigila las raíces de sus árboles.

En este sentido, **Alfred Marshall** sostuvo una posición que yo comparto plenamente, cuando escribía a otro economista mucho más ‘teórico’ que él y muy bien conocido por todos los economistas y estadísticos, como es: **Francis Y. Edgeworth**:

*“Según mi punto de vista la ‘teoría’ es esencial. Nadie consigue una comprensión verdadera de los problemas económicos a menos que trabaje con ella. Pero no concibo una idea más calamitosa que considerar a la economía abstracta y general o ‘teórica’ como la economía ‘propriadamente dicha’. Me parece una parte esencial, pero una parte muy pequeña de la economía como tal; y en sí misma incluso algunas veces no me parece una buena forma de ocupar el tiempo.... El razonamiento general es esencial, pero un estudio más amplio y minucioso de los hechos es igualmente esencial... Una combinación de los dos aspectos del trabajo es solo la economía propriadamente dicha”*

Personalmente **creo que hay que estar de acuerdo en que la Economía debe tratar de construir modelos y teorías**. Pero, uno tiene a veces la sensación de que en los últimos tiempos la Ciencia Económica se ha ido decantando a ser demasiado ininteligible. **Alfredo Pastor**, en un libro bastante reciente (*La ciencia humilde. Economía para ciudadanos*), aboga por la idea de que la Economía es una ciencia sencilla, que debe contribuir a **entender lo que nos rodea**. Sin embargo, con frecuencia no parece que esto se tenga siempre en cuenta.

**En primer lugar**, porque los economistas nos hemos dotado de un lenguaje y de unos términos que muchas veces sólo son comprensibles entre nosotros. El ciudadano que lee no ya sesudos estudios económicos sino simples artículos de prensa tropieza de inmediato con términos como el PIB, el VAB, la NAIRU, el ‘off-shoring’ de la industria, el EBITDA de una empresa, o el *Credit Default Swap*, p.ej., que ya suponen fuertes barreras.

Pero, **en segundo lugar**, y desde luego para mí más preocupante, porque el análisis económico ha derivado hacia planteamientos cada vez más abstractos y complejos, **que no siempre son por ello más claros**, a pesar de adornarse y utilizar formulaciones matemáticas y desarrollos econométricos. **Willem Buiter**, antiguo miembro del Comité de Política Monetaria del Reino Unido que escribe un blog para *Financial Times*, criticaba recientemente a los especialistas en macroeconomía porque al estudiar la realidad actual (la crisis que estamos viviendo) han descartado los aspectos difíciles de la materia y realizan supuestos para que sus modelos sean más elegantes. “Llevaron estos modelos de equilibrio general, dinámicos, estocásticos y no lineales al sótano – afirma - y los modificaron, torturándoles hasta que se comportaron bien”. Una crítica que en alguna medida también ha formulado **Paul Krugman**.

Quizás recuerden Vds. el **chiste que ridiculiza algunos de los ‘supuestos’ con que los economistas teóricos simplifican sus razonamientos**. Se cuenta que un físico, un químico y un economista naufragan en una isla desierta, sin herramientas y sólo con una lata de comida en conserva. El físico y el químico sueñan con encontrar algún sistema ingenioso para abrir la lata. El economista les propone: “supongamos que tenemos un abrelatas y que la hemos abierto... el problema es que haremos después”.

Personalmente me preocupan mucho algunas posiciones que estoy viendo en un sector de los economistas españoles (y no españoles) en los últimos tiempos, donde además de parecer que sólo es Economía ‘lo que ellos hacen’, los escritos se caracterizan por un predominio de métodos y técnicas muy sofisticados, llenos de supuestos muy discutibles y prestando escasa atención a la ‘relevancia’ que puedan tener las cuestiones estudiadas para contribuir a mejorar la sociedad y para resolver los problemas con que esta se enfrenta. La consecuencia de todo ello es que se produce, así, un **fervor exagerado** por ‘el método y las técnicas’ como tales.

De **Maurice Allais**, Premio Nobel de Economía en 1988, es la dura crítica a los trabajos de aquellos economistas que confunden el análisis con la técnica o con el simple formalismo metodológico, y no duda en calificar como “charlatanería matemática” lo que algunos economistas desarrollan en artículos y libros que gozan de una aparente respetabilidad académica. Una crítica que en mi opinión resulta especialmente significativa viniendo - como ocurre en este caso - de alguien que es poco sospechoso de un posible desprecio por las matemáticas y los métodos cuantitativos. Al reflexionar sobre lo que fue su actividad académica y profesional como economista y lo que pudo observar que se producía a su alrededor, el propio **M. Allais** afirma:

*“Por espacio de casi cuarenta y cinco años, la literatura económica contemporánea se ha desarrollado con excesiva frecuencia en una dirección completamente errónea, con la construcción de modelos matemáticos*

*completamente artificiales, muy alejados de la realidad, y con demasiada frecuencia está dominada más y más por el formalismo matemático, lo que supone fundamentalmente una inmensa regresión”*

**Wasily W. Leontieff**, que tampoco puede considerarse sospechoso de un desprecio por los modelos y las matemáticas, emitió ya en los 80s. una dura crítica al caso de algunas universidades norteamericanas, “*cuyos departamentos de Economía son gradualmente una generación de sabios idiotas (sic), brillantes en cuanto a Matemáticas esotéricas, pero desconocedores de la vida actual y de su realidad*”. Algo que también han criticado numerosos economistas de prestigio, como **Baumol, Boulding, Domar, Georgescu-Roegen** y otros que, al igual que **Maurice Allais**, están en desacuerdo con la creciente tendencia hacia la sobre-matematización de nuestra disciplina y “la elevación de la técnica por encima de la sustancia”.

Como escribí recientemente, soy absolutamente partidario de una Ciencia Económica en la que las matemáticas, el análisis estadístico, los modelos econométricos constituyen herramientas fundamentales para hacer que el análisis económico alcance el máximo rigor y la necesaria respetabilidad científica. En absoluto apoyo el retorno a un Economía ‘literaria’, trufada de expresiones más o menos metafísicas, cuando no muy ideológicas, que acaban llenándose de conceptos confusos y bastante vagos, como la ‘teoría de la dependencia’ o las tesis del ‘desarrollo endógeno regional y local’. Hay que utilizar los modelos, técnicas e instrumentos cuantitativos que están disponibles. Pero, al propio tiempo, creo que hay que respetar tres exigencias: **1ª)** detenerse siempre a reflexionar sobre **la relevancia económica, política y social de los temas objeto de estudio** y, por tanto, su relación con lo que preocupa al hombre y a las sociedades de nuestro tiempo; **2ª)** examinar y cuestionarse, asimismo, **la lógica de los resultados obtenidos** con las herramientas utilizadas; y **3ª)** hay que interpretarlos desde **una óptica más amplia** que la de la simple coherencia entre las hipótesis de partida, la técnica o modelo planteados y los resultados finales. Hacerlo así exige también adoptar una posición que no se reduzca siempre a la de un individuo que ‘**sólo**’ es economista. Al fin y al cabo, la Economía únicamente contempla **una parte de la realidad social**, la que constituye su ‘campo problemático’. ¿Cómo entenderemos bien los ciclos económicos si no consideramos también los ‘ciclos políticos’, la influencia de las elecciones y el ‘mercado de los votos’? o ¿Cómo podremos hablar de las posibilidades de recuperación económica sin considerar los factores psicológicos, la pérdida de confianza, o las posiciones de los grupos sociales? como sucede, por ejemplo, en la actual crisis y en su posible recuperación.

Personalmente considero que, efectivamente, el economista no es ni debe ser sólo un economista ‘académico’ (en la acepción peyorativa del término) y que los estudios y

análisis que salgan de nuestros esfuerzos analíticos deben incorporar en alguna medida elementos de **una visión más amplia, si es posible interdisciplinar** y, sobre todo, **que contribuyan directa o indirectamente a mejorar la sociedad y a plantear y tratar de resolver sus problemas.**

Me parece, pues, que dejo bien claro que **no entiendo la Economía como una ‘ciencia especulativa’**, aunque esto no significa negar el carácter imprescindible de las teorías y los modelos, o el papel de las técnicas de cuantificación.

### **3. La Economía y la Ética.**

He releído en estos días los trabajos de varios autores relevantes y respetados para aclararme a mí mismo y para trasladarles a Vds. mi posición en cuanto a las motivaciones para estudiar Economía y la misión del economista, como docente e investigador. Y desde luego he vuelto a concluir lo que ya creía sobre las relaciones entre la Economía y la Ética.

El Premio Nobel **Ronald H. Coase** relata las motivaciones que tuvo **Alfred Marshall** para dedicarse a los estudios económicos:

*“Alfred Marshall había llegado a la economía porque quería ayudar a eliminar la pobreza y mejorar la calidad del hombre y de la vida humana. El sistema económico que estudia Marshall siempre tenía ese carácter concreto – era un sistema que se podía observar fuera del estudio o de la biblioteca -.y para Marshall era importante que uno lo entendiera bien, puesto que era ese sistema real el que había que explicar”*

Los *Principios de Economía* de **A. Marshall**, como ha subrayado **Mark Blaug**, “todavía tienen el poder de fascinar y de excitar al lector”. Y una de las principales razones para que esto ocurra es, en mi opinión, que como sugiere su propia definición de la Economía, la preocupación esencial de la obra y actividades de Marshall fue siempre contribuir a **“mejorar el bienestar” de los ciudadanos.** Un reto que también estuvo muy presente en las obras y actuaciones de quien fue un seguidor suyo muy destacado, el profesor **Arthur C. Pigou**, quien a su vez afirmó incluso con mayor rotundidad que: **“el principal motivo del análisis económico es contribuir a la mejora social”**. El mismo autor que al referirse a su maestro Marshall recuerda que empezó a trabajar “con la firme convicción de que la ciencia económica es valiosa, principalmente, no como una gimnasia intelectual, ni siquiera como un medio de llegar a la verdad por sí misma, sino como una **servienta de la ética y una criada de la práctica”**.

Como muchos de Vds. saben, la idea de incorporar principios éticos al análisis económico ha sido criticada por muchos economistas desde los supuestos de la

'ortodoxia' científica. El profesor **Coase** se pronunció claramente al respecto y comparto su punto de vista:

*“Desde luego sé que hay economistas que argumentan que la economía es una ciencia positiva y que lo único que podemos hacer es explicar las consecuencias que se derivan de las distintas políticas económicas (pero no recomendar)” [...] “Pienso que este autocontrol es innecesario. Compartimos (al menos en Occidente) una serie de valores similares y no es razonable suponer que los juicios de valor de los economistas sean particularmente excéntricos”*

El paso del análisis a las recomendaciones implica aceptar unos valores, unos principios políticos y éticos determinados. En teoría, esto no deben hacerlo los economistas, pero lo cierto es que lo han hecho siempre y personalmente creo que debemos hacerlo. **Gunnar Myrdal** concluyó hace ya muchos años que prácticamente ningún economista importante había respetado la separación entre ciencia y arte, o, mejor aún, entre 'economía positiva' y 'recomendaciones de política económica'. Es más, en algunos de sus trabajos posteriores, **Myrdal** duda incluso de que sea posible hacerlo y subraya la relación intrínseca que existe entre 'teoría' y 'acción', señalando que la ciencia económica “no puede ni debe ignorar su proyección hacia la praxis y la solución de los problemas sociales y económicos”. Un objetivo que supone que el economista debe 'comprometerse' con la sociedad de su tiempo, y 'comprometerse' con unos **principios éticos propios**, que debe dejar siempre muy claros pero de los que no debe prescindir.

Me gustaría que, como dijo **S. Jevons** en *Principles of Science*, los economistas políticos no sean “... mirados como criaturas de sangre fría, privados de los sentimientos ordinarios de la humanidad”, porque muchos economistas han contribuido a lograr objetivos que han supuesto avances para la sociedad: desde el logro de la mayor igualdad posible entre los individuos y entre los géneros, hasta el diseño de los principios del 'Estado de bienestar', que supone un capitalismo humanizado, o la consolidación del Estado de Derecho y la lucha contra el intervencionismo y contra los contrapoderes (**J.K.Galbraith**) que están presentes en nuestras sociedades y en particular en los procesos de decisión económica.

Sin duda alguna, en la génesis de la actual crisis, particularmente en los motivos que a escala internacional la han impulsado, **ha faltado la presencia de los principios éticos más esenciales**. En nombre del mercado y de su supuesta autorregulación, se han transgredido en los últimos años principios morales que debían y deben ser tenidos en cuenta y tienen que ser respetados, tanto por los Gobiernos, como por los políticos y por los agentes económicos. Ahí están, como ejemplo de esas transgresiones, la multiplicación de oscuros valores estructurados, los escandalosos 'bonus' de algunos dirigentes de entidades bancarias, la ocultación de datos en los balances, o el conocido caso Maddox.

#### 4. A modo de conclusión

**Mi intervención llega ya a su final.** No porque haya agotado los temas que les he planteado, sino porque sería imprudente – como mínimo – cansarles todavía más con mis reflexiones.

Espero haber aportado argumentos para **convencerles hoy de tres cosas** que yo, como profesor universitario, querría que todos mis compañeros y discípulos compartan también y que sean la ‘enseña’ de nuestra docencia.

**La primera** es que, si bien la Economía no es una ciencia para ‘divertir’, tampoco es ni debe ser una ‘ciencia triste’ y menos todavía ‘lúgubre’. Al menos hay que tratar de que esta imagen cambie por otra en la que los economistas seamos vistos como personas preocupadas, eso sí, por nuestro entorno, serias en sus razonamientos, pero en modo alguno dignos de ser invitados para que contemos cosas que, de puro negativas, acaben haciendo que esa invitación puede considerarse ‘fiscalmente desgravable’.

Personalmente, les confieso que me he divertido haciendo Economía. Y me he divertido porque – si bien a un nivel bastante inferior al de algunos grandes economistas internacionales – creo haber contribuido a conocer mejor algunos problemas y realidades sociales, he ofrecido recomendaciones, he participado en la vida pública y he disfrutado y disfruto con ello. Ahí está el impulso que dimos en su día, y que continúa muy vivo, a los estudios regionales, al análisis del sector servicios, las políticas comunitarias, la productividad y otros muchos temas a los que, junto con mis colaboradores y amigos hemos realizado aportaciones, y cuyo punto de partida se encuentra en la Universidad de Málaga.

**La segunda** es que, en mi opinión, la Economía no es sólo una ‘ciencia especulativa’, y que no debe inducirse a que alguien piense que esa es su principal característica, o, menos aún, su finalidad. Los derroteros por los que están discurriendo una parte de los llamados ‘avances’ científicos, y la valoración (a mi entender equivocada) de algunos coeficientes de impacto que se atribuyen a las revistas JCR, no deberían confundir a nadie. **La Economía debe producir ‘teorías’ y modelos, pero es tanto o más importante que los economistas traten sobre temas relevantes, que son los que preocupan a los ciudadanos,** y que aporten ideas, sugerencias y análisis aplicados que conduzcan a adoptar las medidas de política económica que se consideren las más correctas o que, en todo caso, cuenten con una base de apoyo rigurosa.

Por último, **la tercera** propuesta que deseo hacer y a la que también me he referido en esta conferencia, es que la Economía y, en particular, los que hacemos Economía, no

podemos dejar a un lado los 'valores', ni nuestros principios éticos. **La Economía no es un campo científico aséptico**. Coincido plenamente con lo que escribió **Amartya Sen** sobre las relaciones entre ética y economía, al afirmar que la Economía moderna se ha visto empobrecida sustancialmente por el "distanciamiento que existe entre la economía y la ética". No es que el enfoque esencialmente "técnico" de la Economía no haya sido fructífero, puesto que son bastantes las cuestiones en las que la Economía ha sido capaz de proporcionar una mejor comprensión de la realidad, precisamente, por el uso generalizado del enfoque técnico. Pero, en su discurso posterior, **Sen** destaca que, a pesar de esta positiva valoración, la Economía, tal y como ha evolucionado, puede hacerse más productiva si presta una atención "mayor y más explícita" a las **consideraciones éticas que conforman el comportamiento y el juicio humano**, y a las preocupaciones reales de los individuos y de la sociedad en su conjunto.

Quiero finalizar aquí estas reflexiones diciéndoles que recibo este Doctorado Honoris Causa "*post jucumdum juventutem*", cuando la juventud ya se esfumó, en el inicio de la hora crepuscular que la propia vida nos impone. En estos días, al preparar esta intervención y echar una mirada al pasado he recordado el texto de la convocatoria que redactó **Ernest Henry Shackleton** al tratar de reclutar tripulantes para su célebre viaje a la Antártida, a bordo del buque '**Endurance**':

*"Se buscan hombres para viaje arriesgado. Sueldo bajo. Frío extremo. Largos meses de oscuridad. Peligro constante. No se garantiza el regreso con vida, pero sí honor y reconocimiento en caso de éxito"*

Y me ha parecido que este llamamiento guarda relación, aunque a cierta distancia, con la decisión de embarcarse en la vida académica.

Se trata, sin duda, de un 'viaje arriesgado', porque no siempre se alcanza lo previsto. Los sueldos han sido y son, en efecto, comparativamente 'bajos'. Las autoridades ministeriales y otras circunstancias se encargan de que el candidato 'note el frío, las carencias y un cierto pesimismo'. El viaje exige también 'largos meses de oscuridad'. Afortunadamente, no llega quizás a tanto la posibilidad de 'no regresar con vida', aunque sí que es una vida azarosa. Pero, lo que en mi caso sí es cierto es que Vds. me han otorgado un '**honor y un reconocimiento**' que son, sin duda, el mejor premio a ese **mi viaje en el 'Endurance'** que inicié hace bastantes años en Málaga.

Muchas gracias.